

NUNCA ES SOLO MI NOMBRE

Escribiendo Barrantes



Capítulo 1

Capítulo I – Una grieta en la pared.

Me encontraba de pie mirando por la fría ventana de la habitación. Hacía días que las nubes cubrían el cielo y el sol solo aparecía de vez en cuando al encontrar un hueco entre ellas. Aun estando así el paisaje, hacía semanas que no llovía, las malditas columnas de vapor no nos regalaban ni una gota.

Miré para atrás y suspiré. No me gustaba verla así. Agarré su mano con delicadeza y la noté tenue, ni muy caliente ni muy fría. Volví a comprobar todos los aparatos por quinta vez en la mañana y salí a dar un paseo por el pasillo cerrando la puerta a mi paso.

Una grieta en la pared, una mancha de lejía en la cuarta baldosa derecha y un pequeño rasguño en el pasamanos de madera. Me conocía este pasillo como si llevara toda mi vida recorriéndolo, de un lado para otro, como si no existiera ningún otro espacio en el mundo por donde pudiera moverme.

Veía pasar a la gente por mi lado. Un tono gris se reflejaba en su rostro, al fin y al cabo, ¿quién viene a los hospitales por gusto? Estos lugares nos rompen la rutina. Crean una brecha en nuestro día a día obligándonos a jugar a un juego al que no queremos jugar, decidiéndonos entre perder o ganar. Morir o vivir. Que se nos mueran, o morirnos.

Normalmente no me gustaba hablar con nadie en los ratos en los que recorría el pasillo cual fantasma en una mansión embrujada, procurando claro, no alejarme mucho de la habitación que me correspondía. Las conversaciones en estos sitios no son agradables, tampoco tendrían porque serlo. Así que no veo ningún disfrute en intercambiar penurias con un desconocido. Pero esa vez, fue diferente.

Un chico de unos veinte años, pelo oscuro y barba se acercó por el pasillo visiblemente preocupado, buscando con rapidez un número entre los carteles. Consiguió llamar mi atención entre las decenas de personas que poblaban el pasillo, y eso ya era bastante. Por fin el muchacho pareció encontrar la habitación que tanto había perseguido y entró haciendo girar el pomo de la puerta para después cerrarla a sus espaldas.

Como siempre mi imaginación se puso a buscar mil y una historias para aquel chico de barba cuidada. ¿Tendría algún familiar cercano en aquel frío cubículo?, ¿O acaso algún amigo de la infancia al cual no había podido

visitar hasta el día de hoy? Sea cual fuere la respuesta, ese joven no estaba aquí por gusto, como ninguno de nosotros.

Capítulo 2

Capítulo II – Otro más, u otro menos.

Pasaron dos días hasta que aquel chico volvió a pasarse por mi lugar de "residencia". Esta vez su visita me sorprendió al lado de la máquina de refrescos, decidiéndome entre si comprar el más dulce de todos los sabores o decantarme mejor por un simple zumo de naranja. Hoy el castaño con barba traía un paso más calmado y era imposible no fijarse en el gran ramo de flores que portaba en su mano. ¿A caso venía a ver a su mujer la cuál recién había dado a luz? Quizás no todos aquí veníamos a sufrir, y alguien en todo este infierno de paredes blancas había recibido una buena noticia. Pero no, en esta misma planta no podía haber pacientes con necesidades tan diferentes. Aunque claro, los recortes estaban a la orden del día y hasta que el nuevo hospital de las afueras no abriera sus puertas, los médicos tenían que hacer maravillas con estas pobres instalaciones que se caían a trozos.

Me decanté al final por una botella de agua de la máquina. Metí el dinero por la ranura y esperé unos segundos a que callera algo, pero nada ocurrió. Arremetí unos pequeños golpes con el puño en la máquina, pero nada, allí seguía tan parada y fría como siempre. Entonces noté como alguien se acercaba por detrás. Durante un segundo me imaginé al chico de la barba acercándose a echarme una mano con aquel percance, pero cuando me di la vuelta solo vi a un hombre de unos setenta años y pelo blanco paseando.

Decidí que lo mejor era dejar aquel euro perdido y continuar con mi paseo.

Normalmente cuando llevas ya un tiempo aquí sueles ver a las mismas personas. Rápidamente te acostumbras a las mismas caras todas las mañanas, tardes y noches. Esas caras tristes, de sonrisa baja al saludar, que se clavan los primeros días en tu conciencia y que finalmente aprendes a vivir con ellas a tu alrededor. Cuando alguien sale de este infierno, como a mí me gusta referirme al hospital, no es precisamente por razones alegres; y si en cambio alguien consigue llevarse buenas noticias de aquí y escapar, vuelve a las pocas semanas o meses entrando otra vez en este juego, un juego al que nadie quiere jugar.

Yo había perdido la cuenta de mi propia estancia en este lugar, ¿un año?, ¿quizás dos?, los días se hacían igual de largos desde que me pedí la baja por problemas familiares.

Yo solía trabajar de redactor literario en un periódico de tirada local y en mis ratos libres me gustaba escribir pequeños relatos que llegaran más lejos de las paredes de mi escritorio. Aquel pasatiempo hacía mi vida mucho más interesante, aunque hacía tiempo que ya no escribía. Este lugar y estas condiciones no me lo permitían.

Volví a la habitación y por sexta vez comprobé que todo se encontrara en orden y funcionando correctamente. Me parecía curioso que me preocupara tanto por las máquinas que rodeaban la cama cuando en verdad no tenía ni idea lo que significaban todos esas botones y números. Al volver a mirar por la ventana vi llegar otra ambulancia a toda velocidad. Un enfermero se bajó del vehículo, y abriendo la parte de atrás de la ambulancia con ayuda de otro compañero, sacó una camilla con un paciente sobre ella.

«Otro más», pensé.

«U otro menos», me corregí al instante.

Capítulo 3

Capítulo III – Por la pequeña abertura de la puerta.

Dos semanas más tuvieron que pasar hasta que volví a encontrarme con aquel chico por los pasillos de ese infierno blanco. Esta vez no traía nada en su mano a excepción de una pequeña agenda en la que parecía memorizar una y otra vez unas palabras. Al volverle a ver allí descarté completamente la hipótesis de la mujer embarazada y me pregunté si aquel muchacho iba a convertirse en una visita usual de estos pasillos, aunque sus apariciones se hubieran presentado de una manera tan irregular y discontinua. Volvió como siempre a girar el pomo de la puerta y entró cerrándola a sus espaldas.

Esta vez la curiosidad me pudo demasiado y recorrí rápidamente los cincuenta metros de pasillo que separaban nuestras habitaciones para intentar averiguar algo más de aquella realidad presente ante mis ojos. Puede que simplemente mi mente llevaba demasiados meses buscando algo más entretenido que la cutre televisión del hospital.

Pasaron aproximadamente unos veinte minutos y yo seguía dando vueltas, intentando parecer distraído, alrededor de ese pasillo sin separarme mucho de la habitación en la que había fijado mis ojos. Me sentí ridículo y pensé en regresar a mi lugar correspondiente, pero me pareció buena idea esperar unos minutos más por si algo ocurría.

En efecto, alguien salió de la habitación.

Un hombre de unos sesenta años y barba blanca surgió lentamente de la puerta y, fijando sus ojos en mí durante un instante, avanzó por el pasillo en dirección a secretaría. Por la pequeña abertura de la puerta pude ver la parte de debajo de una de las camillas del hospital, pero mi perspectiva no me dejaba observar mucho más. Decidí acercarme un poco más para asomarme.

- ¿Puedo ayudarte en algo? –dijo una de las enfermeras apareciendo como un fantasma.

Al igual que los ángeles del cielo o las amazonas de la isla de Lesbos, las enfermeras eran para mí los soldados de este infierno blanco. Con la diferencia de que estas utilizaban jeringuillas en vez de arcos o jabalinas.

-Buscaba mi habitación, pero creo que esta no es –contesté como pude.

-Son demasiado parecidas todas y me equivoco frecuentemente.

Entonces la enfermera me hizo un gesto con la cabeza y se desvaneció dentro de la habitación cerrando la puerta a su paso.

Capítulo 4

Capítulo IV –“Hola”.

La misma noche de mi encuentro con la enfermera decidí dar otra vuelta por el pasillo, después claro de haber colocado bien nuestra habitación y de haber comprobado las máquinas por septuagésima vez.

A partir de las diez y media de la noche los pasillos se quedaban casi completamente vacíos. El turno de noche comenzaba y con él ese terrible silencio que alimenta nuestros más recónditos pensamientos. Esas paredes blancas cada día se tornaban más grises.

Por suerte siempre me quedaba el chirrido de la máquina de refrescos que me había hecho un poco más humana la experiencia durante todo este tiempo. Me recordaba al sonido que hacía el viejo frigorífico de nuestra casa.

«Cuánto dinero me habré gastado aquí», pensé al pasar por el lado de aquella expendedora de metal. A veces había tenido la sensación de que ella era la culpable de todo el frío que hacía en la estancia, debido a sus refrigeradores, pero como me voy a enfadar con una de mis pocas amigas aquí.

Me senté en uno de los asientos al lado de la máquina y a unos diez metros de la habitación de mi misterioso vecino de pasillo.

Creo que aquella noche tuve suerte, porque unos minutos después se abrió la puerta y el joven salió. Se llevó la mano a la frente mientras cerraba la puerta con esmero.

-Hola –me dijo una voz grave que escuché por primera vez al pasar raudo y veloz por mi lado.

Me había hablado a mí, a un delgado e insignificante chico sentado en el medio de un pasillo vacío y solitario.

Decidí seguirle por el hospital sin que me viera. Se dirigió a la puerta principal y salió en menos de lo que canta un gallo. Cualquiera diría que tenía prisa. Como si hubiera estado deseando escapar de allí durante horas. Pero quién no está deseando salir de aquí de todas formas.

Yo me dediqué simplemente a observar a través de las puertas corredizas de cristal como se alejaba cada vez más. Durante un momento sentí envidia por aquella libertad que él se permitía al salir de aquí y no tener

que volver enseguida.

Por otra parte, no entendía muy bien mis impulsos por perseguirle e interesarme por él a todas horas. Al fin y al cabo, solo era un extraño como tantos otros de por aquí. Al fin y al cabo, solo había sido un "hola".

Capítulo 5

Capítulo V – Chicles.

Al día siguiente un frío desgarrador entraba por la ventana del cuarto cuando al despertarme me levanté para cerrarla con cuidado. Después me di la vuelta para mirar las máquinas que descansaban detrás de la camilla.

«Primera vez del día», susurré comprobando que todo estaba correcto.

Las noches no se hacían muy cómodas durmiendo en el pequeño sofá del hospital, pero era mi responsabilidad, y mis dolores de espalda mañaneros no tenían nada que ver con lo que ella tendría que estar pasando tumbada en esa camilla.

Salí de la habitación a por un café. Siempre que cruzo el pasillo en dirección a la máquina de cafés tengo la sensación de que la expendedora de refrescos me mira con celos por andar con otras. Sí, me está afectando mi estancia en este infierno.

Cuando llegué, eché una moneda y pulsé el botón de café con un poco de leche, que es como a mí me gusta, pero la máquina no respondió.

«Es la segunda vez que me pasa esto en una semana», me lamenté al recordar mi encontronazo con la otra máquina hace unos días.

Recorrí el pasillo sobre mis pisadas y me acerqué a la recepción de la planta.

–Hola, perdone, pero parece que la máquina de cafés está averiada –dije posando una mano sobre el mostrador y con la otra señalando en dirección a la máquina.

–¿Se ha tragado el dinero? –preguntó la secretaria levantando la mirada.

–Sí, creo que no le queda café –contesté.

Entonces, el joven de pelo oscuro salió del ascensor situado a uno de los lados del mostrador y recorrió el pasillo con un paquete en la mano.

Como acto reflejo, salí andando raudo y veloz detrás de él.

–Chico, ¿quieres tu café o no? –oí decir a la enfermera mientras me

alejaba.

Anduve rápidamente por el pasillo esquivando un par de ancianos que paseaban con sus familiares y alcancé al joven de barba y pelo negro.

-Perdona -llamé su atención dándole un toque en la espalda.

-Dime -se sorprendió él dándose la vuelta y mirándome a los ojos.

Me quedé en blanco. No sabía que decirle. La había cagado.

-Creo que se te ha caído esto -balbuceé sacándome lo primero que encontré de mi bolsillo: un paquete de chicles.

-Umm... no tomo nunca chicles -respondió él con una sonrisa en la cara.

-¿Estas seguro? Porque juraría haber visto que se te caían del bolsillo
-continué con mi mentira.

-Bueno, pues entonces será mío -dijo él cogiendo el paquete de chicles y guardandoselo.

Entonces se dio la vuelta y entró en la habitación. Yo me quedé allí en medio del frío pasillo, de pie, callado, solo, y lo peor de todo, sin chicles. Encima sin chicles.

Capítulo 6

Capítulo VI- Una lágrima en una mejilla.

Entrada la noche, las nubes se posaron de manera desafiante en el cielo. Por fin empezó a llover. Las gotas de agua rebotaban contra las paredes del hospital generando un pequeño ruidito continuo que se fusionaba con los intermitentes y sordidos truenos de la tormenta.

Ella permanecía tan inmóvil, tan serena, tan ajena a la tormenta que en cierta parte me daba envidia. Desde pequeño no me han gustado nunca las tormentas, me ponen los pelos de punta. Ella lo sabía y años atrás me arropaba en las noches de tormenta manteniéndose a mi lado para tranquilizarme. En sus brazos nada ni nadie podía hacer que yo sintiese miedo. Sin embargo, ahora era yo quién debía cuidar de ella.

Decidí salir de la habitación para estirar las piernas. De todas formas, no iba a ser capaz de dormir. No sabía qué hora era, y ni siquiera me importaba, el tiempo aquí no tiene valor ninguno. De un momento a otro puedes pasar de estar a no estar, así de simple, así de crudo, así de real.

Nunca solía pensar en que ocurriría si algún día las máquinas de su habitación se apagasen. Pero aquella noche lo hacía, cada uno de mis pasos era cómplice de la idea de lo terrible y liberador que sería que aquellas máquinas se apagasen. Pero no, ese era el camino fácil, no el mejor camino. Los médicos habían planteado esa posibilidad, pero para mí no era ni siquiera algo que pasara por mi mente más que unos pocos segundos.

Al girar el pasillo en dirección a mi habitación me encontré con el chico de barba apoyado sobre la máquina de café. Parecía no haberse percatado de mi presencia y continuaba sentado en el pequeño banco del pasillo, con la mirada hacia abajo, los codos sobre las piernas y la cabeza apoyada sobre sus manos. ¿Qué estaría haciendo él aquí a estas horas? Hacía aproximadamente dos semanas que no le veía. Parecía tener la barba más recortada, más arreglada. Qué fea quedaba aquella bonita barba en una cara tan triste como la que pude observar cuando al pasar por su lado levantó la vista para saludarme.

–Buenas noches –dijo su voz grave.

–Buenas noches –dijo mi voz suave.

Recorrí el pasillo lentamente, sin variar el paso que llevaba hace unos minutos, pero cuando estaba a punto de llegar a mi habitación me di la

vuelta, caminé hacia atrás y me acerqué de nuevo al joven.

–Creo que esta vez se te ha caído esto –dije sacando un paquete de pañuelos de mi bolsillo y ofreciéndole uno de ellos.

El chico levantó la vista, sonrió y entonces una lágrima recorrió su mejilla.

Capítulo 7

Capítulo VII – Nunca es solo mi nombre

El universo parecía mantenerse callado mientras el chico, que días antes me había parecido una figura totalmente fría, sollozaba con la cabeza apoyada en las manos.

–Vámonos de aquí – me dijo levantándose.

Yo le seguí, sin pronunciar ni una sola palabra, preguntándome si todo esto era fruto de un sueño y yo aún seguía dormido en el sillón de la habitación. Cuando la fría brisa golpeó mi cara al salir por las puertas del hospital, me di cuenta de que no estaba en un mundo ficticio, sino en la pura realidad.

El chico se apoyó en la pequeña fuente de la entrada, y lavándose la cara con un poco de agua para despejarse, se sentó en uno de los bancos de metal. Yo me coloqué a su lado. En el reflejo de las puertas de cristal podía observar el contraste que hacíamos un joven de barba perfectamente cuidada y un escuálido chico medio adormilado.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó con su característica voz grave.

–Demasiado –respondí yo acostumbrado a contestar la misma pregunta una y otra vez.

Él tomo aire un momento y por primera vez sus ojos se clavaron directamente en mí.

–¿Cómo narices haces para soportar todo esto? –dijo con un hilo de voz.

Esta vez me tomé un poco más de tiempo para formular mi respuesta.

–Esto no se soporta, simplemente no puedes estar derrumbándote cada dos por tres. No por ti mismo, sino por la persona que está ahí dentro. ¿Si no nos mantenemos fuertes nosotros, como se van a mantener fuertes ellos?

El chico volvió a posar sus ojos en el pañuelo que le había prestado unos minutos antes.

–No sé ni siquiera si yo debería estar aquí –añadió.

Yo miré a ambos lados y en la penumbra de la noche, evidentemente, no encontré a nadie.

–¿Ves a alguien más? ¿no, verdad? –le pregunté. –Lo importante no es si tienes que estar aquí o no. Lo importante es que eres tú el que está aquí.

De repente las nubes, que parecían haber hecho una tregua durante nuestra pequeña intervención para observarnos, empezaron a descargar su furia de nuevo. Los dos entramos rápidamente en el hospital de camino a nuestra planta.

–Por cierto, ¿cómo te llamas? –me preguntó antes de pasar a su correspondiente habitación.

–Demasiadas confianzas por hoy, ¿no crees? –respondí yo.

–Es solo tu nombre –replicó él.

–Nunca es solo mi nombre –sentenció recorriendo el pasillo y cerrando la puerta de mi habitación al entrar.

Capítulo 8

Capítulo VIII – Quiero enseñarte algo.

Otra semana pasó después de mi imprevisto y a la vez sorprendente encuentro de media noche con el chico de barba oscura. Había días que no salía demasiado de la habitación y quizás por eso mis encuentros con él habían sido tan limitados desde su primera visita. Nuestros intercambios de palabras hasta ahora habían sido bastante escasos, ¿pero acaso quería yo que fuesen algo más que unas simples conversaciones de hospital?

«Nunca es solo el nombre», me recordé a mí mismo mientras comprobaba las frías máquinas de la habitación por tercera vez en el día.

–Vuelvo pronto –dije, aunque sabía que ella quizás no podía escucharme.

Caminé entre las parpadeantes luces del pasillo del hospital. Siempre me gustaba pasear justo después de la hora de cenar, cuando todo está tranquilo y puedes estirar las piernas sin demasiado escándalo por los pasillos. Allí le vi a él, apoyado sobre la pared con la cabeza cabizbaja al lado de la máquina de refrescos. No niego que incluso me puse celoso de que mi mecanizada compañera tuviera un nuevo amante.

–Hola –dijo él cuando yo pasé por delante.

–Hola –respondí yo sin mucha importancia siguiendo mi camino.

–Me gustaría hablar contigo –continuó él para mi sorpresa agarrando mi brazo.

Yo me detuve.

–¿Conmigo? –pregunté yo.

–Sí, me gustaría hablar sobre lo de la otra noche –añadió.

–No tienes por qué darme explicaciones –repliqué. –Solo te di un pañuelo, aquí somos todos desconocidos, los desconocidos dan pañuelos y de vez en cuando te permiten que les cuentes la superficie de tus problemas.

–Eras la única persona con la que siento que puedo hablar ahora –contestó.

¿Yo? ¿Por qué narices yo? Lo único que conocía de aquel muchacho era simplemente su barba y su tenue voz grave. Él probablemente de mí solo se habría percatado de mi delgadez.

–Déjame que te invite a un café –dijo.

Entonces los dos nos dirigimos a la máquina de cafés. Cuando se dispuso a meter la moneda y salieron los dos cafés maldije a la pequeña máquina por haberme negado unas semanas antes mi bebida. ¿A caso su compañía me traería buena suerte o es que el universo le sonreía solamente a él en este lugar?

–Aquí tienes –dijo con un gesto sutil.

–Gracias –respondí yo cogiendo el vaso lleno de café.

Los dos dimos un pequeño sorbo a nuestros respectivos vasos.

–Quería hablarte sobre... –empezó él.

–Espera –le interrumpí. –Quiero enseñarte algo.

Él cerro los labios súbitamente e indicándole que me siguiese le conduje por los pasillos hacia los ascensores situados en frente de la recepción. Pulsé el botón de la última planta y el ascensor comenzó a elevarse. Al llegar al duodécimo piso, las puertas se abrieron y caminando por otro entramado de pasillos dimos a parar a una pequeña puerta de metal. Me saqué una llave del bolsillo y abrí la puerta.

Los dos entramos y la brisa comenzó a acariciar nuestras caras. Nos acercamos al borde de la azotea y nos apoyamos en el pequeño bordillo que llegaba hasta nuestras caderas y hacía de la única barrera que nos separaba del vacío. Por primera vez pude ver una sonrisa en su cara.

–Uno después de tanto tiempo tiene sus trucos –dije guardándome la llave que meses atrás había conseguido de las enfermeras.

–Esto es precioso –contestó sin apartar la vista de la ciudad, que encendía sus luces; y del sol, que desplegaba sus últimos rayos sobre el horizonte pintando el cielo de colores cálidos.

Yo me incliné colocando los dos codos sobre el pasamanos de cemento.

–El que está en la habitación es mi padre –confesó. –Sí se puede llamar padre a alguien que solo conozco de hace dos meses.

Capítulo 9

Capítulo IX – Unidad de cuidados intensivos.

La brisa fría agitaba cada vez más nuestros cuerpos. La noche se había establecido en el horizonte y las estrellas brillaban en el cielo, cegadas ligeramente por la contaminación lumínica de los edificios y calles. Yo no entendía las últimas palabras de mi compañero de azotea, pero aun así preferí mantenerme callado durante unos instantes.

–¿No te gustaría estar ahora mismo entre esas calles perdiéndote entre la multitud y dejándote llevar por las aceras? –pregunta él rompiendo el silencio.

–Me gustaría estar en mi casa, sentado en mi sillón con una manta
–respondo yo.

Es lo único que deseaba en este mundo. Echaba de menos mi pequeño apartamento. Hacía meses que no podía disfrutar de él, y la última vez que fui fue simplemente para coger mis cosas para venirme aquí.

–¿Por qué siempre estás a la defensiva? –me cuestiona por sorpresa.

–¿Yo? –respondo enojado. –No estoy a la defensiva. En todo lo que llevo aquí no he hablado con nadie más de lo necesario, no porque no quiera, sino porque no lo necesito. No necesito el apoyo de nadie para soportar esto. Aquí estoy solo por y para ella, no para hacer amigos. Si piensas que por estar en esta situación me voy a olvidar de que el mundo de fuera es una auténtica basura estás muy equivocado. Quédate tu piedad y tus conversaciones para otro.

El chico me miraba atónito. Le había traído aquí hace media hora y ahora parecía que quería echarla a patadas.

–Perdona, no quería que te ofendieses –contesta él.

Entonces salió por la puerta que habíamos entrado. Yo me quedé apoyado sobre el borde la azotea con la mirada fija en las farolas que alumbraban la ciudad.

«Me he pasado. Siempre lo hago. No sé controlar mis palabras», pienso.

Quizás solo intentaba ser amable. Quizás soy la única persona con la que puede olvidarse un poco de todo aquí. Quizás he sido demasiado duro. No debería plasmar en los demás la ansiedad y dolor que me produce

levantarme cada día entre estas cuatro paredes blancas. Salí por la puerta cerrándola a mi paso.

Al bajar a la planta de abajo no le encontré al lado de la máquina de refrescos como había previsto. Pensé en preguntar a la expendedora, pero aquella pequeña ramera de metal solo habla cuando le echas una moneda por la ranura. Recorrí todos los pasillos de la planta, pero no estaba en ningún lado. Puede que estuviese en su habitación, pero no me atrevía a ni siquiera entrar en ella. Es una falta de respeto siendo un desconocido como soy.

Me desplomé sobre el banco de la máquina de refrescos. Me dolía la cabeza, casi no sentía las piernas. Poco a poco los ojos se me fueron cerrando hasta que el sueño me invadió completamente.

No era la primera vez que me pasaba, las enfermeras ya me conocían de sobra y ni siquiera me despertaban ya cuando me quedaba dormido fuera de la habitación. Eran conscientes de que cada vez que tenía la ocasión, mi cuerpo prefería descansar en cualquier lugar del mundo antes de en aquella habitación que se había convertido en mi castigo día y noche.

Desperté lentamente a las pocas horas. El pasillo estaba ya iluminado con la luz tenue de la madrugada. Me percaté de una sombra sentada en el otro extremo del banco, justamente al lado de mis pies. Era él.

–¿Dónde estabas? –pregunte colocándome en el banco para quedar sentado. –Te he estado buscando.

–Le ha vuelto a pasar –dijo él con un hilo de voz.

–¿Qué? ¿A quién? –pregunté yo sin saber a qué se refería.

–Está en la UCI, le ha vuelto a pasar –responde.

–¿A quién? –insistí.

–A mi padre –contestó. –Le ha vuelto a dar otro infarto.

De repente estalló a llorar y lo único que pude hacer fue rodearle con mis escuálidos brazos y dejar que empapara mi jersey de lana gris con sus lágrimas.

Capítulo 10

Capítulo X – En su lista de contactos.

Los minutos pasaban mientras las agujas del reloj situado en una esquina de la sala avanzaban como pareciéndose reír de nosotros. Él estaba nervioso. Yo estaba nervioso por él. No me ha contado nada más sobre su vida, ni sobre su padre. Solamente sé que le ha dado un infarto y que ahora mismo su hijo me necesita a su lado.

La sala de espera al lado de la Unidad de cuidados intensivos estaba completamente vacía. Solamente dos sombras ocupaban dos sillas negras apoyadas sobre una de las paredes de la estancia. Él y yo. Nada ni nadie más.

No me atrevía ni siquiera a toser para romper el silencio. ¿Qué estaría pasando por su mente en este instante? Esto no era la primera vez que pasaba, debido a que probablemente su padre estuviese ingresado por un infarto anterior, pero el dolor y el miedo en los ojos del joven de barba cuidada me hacían entender que muchas cosas en la vida, aunque se repitan cientos de veces, van a seguir doliendo como la primera vez.

Una enfermera salió por la puerta indicando que todo había salido bien. Lo habían cogido a tiempo, estaba rodeado de médicos y en seguida pudieron salvarle. El marcapasos ya está colocado y quieren hacerle miles de pruebas más. Todo esto se traduce en muchas semanas más aquí, en este infierno de paredes blancas.

La noche seguía cerrada cuando los dos salimos a tomar el aire, no sin antes pasar por mi habitación para comprobar que todo estaba bien. A veces pienso que paso demasiado tiempo fuera de ella, pero los primeros meses a penas salía un par de veces al día. Con el tiempo aprendes que al fin y al cabo es un lugar seguro, y que lo único que de verdad va a herirte va a ser tu mente volviéndose loca entre estas cuatro paredes.

El chico de barba cuidada parecía cansado. Ninguno de los dos habíamos pegado ojo en toda la noche, pero yo estaba más acostumbrado a pasarme las noches en vela.

–Hace dos meses ni siquiera le conocía –suspira él levantando la mirada a la noche estrellada que permanecía inmóvil sobre nuestras cabezas. –Se presentó un día en mi casa queriendo darme explicaciones de por qué hacía veinte años que no había vuelto.

–¿Qué le dijiste? –pregunto.

–Mi madre se murió sola y yo era el único apoyo que tuvo –responde mirándome directamente a los ojos. –Si no estuvo aquel día en el que a mi madre la enterraron bajo tierra, no quería que estuviese ningún otro día.

–Sin embargo, aquí estás tú, con él –replico.

–Al día siguiente de darle con la puerta de mi casa en las narices, me llamaron del hospital –dice mientras se frota las manos con la mirada perdida. –Le había dado un infarto y yo estaba el primero en su lista de contactos.

Capítulo 11

Capítulo XI – Derrumbe

Se me cayó el alma cuando unos pocos días después vi al chico cruzar la puerta de su habitación cuando subieron a su padre a planta de nuevo. Esto no le hacía feliz, pero parecía intentar ver la situación desde un punto de vista positivo.

Ahora entendía todas aquellas visitas que le vi hacer las primeras semanas, cuando llegaba nervioso y con distintos objetos entre las manos. Intentaba conocer a su padre, agradecerle lo más posible, pese a que unos días antes le había dado con la puerta en la cara. No le culpo, yo probablemente hubiese hecho lo mismo. Es más, yo había hecho lo mismo. Pero el chico de barba todavía no lo sabía, aunque tampoco me había preguntado.

Volví a mi habitación con la cabeza baja. Era por la mañana y se escuchaban algunos pájaros desde la ventana. Los rayos de un sol madrugador iluminaban el pasillo. Las máquinas de la habitación destellaban con el metal que las recubría. Ella se encontraba tumbada en la cama con el rostro sereno y los brazos apoyados con la ligereza de una pluma sobre la cama. Todo era completamente blanco. Lo único que rompía aquel frío tono era el gris de las máquinas y el marrón del sillón en el que tantas noches había dormido.

Me apoyé en la ventana observando el exterior. El invierno había sido largo, pero los primeros días de primavera parecían estar llegando poco a poco, pese a que el frío seguía en todo su esplendor. Llamaron a la puerta. La toma de las once.

Entró la enfermera, hizo sus respectivas pruebas y salió. Siempre acompañada de la misma mirada compasiva hacia mí pensando, o por lo menos intentado, compadecerse de mi situación. Los primeros días podía ayudarme un poco, ahora solo me parecía repetitivo e incluso molesto.

Cuando volví a salir al pasillo aquella tarde lo encontré vacío. Pasé por delante de la máquina de refrescos acariciándola con la yema de los dedos y me dirigí a por mi café de merienda. Acto seguido, retrocedí hasta los ascensores y subí a la última planta. Recorrí de nuevo los pasillos y coloqué la llave en la puerta de la azotea, pero sorprendentemente estaba abierta. Al subir los escalones lo encontré allí, posado sobre el pequeño bordillo de la azotea con la mirada al frente y de espaldas a mí.

-¿Cómo has entrado? -pregunté yo situándome a su lado con delicadeza.

-No eres el único que tiene contactos aquí -respondió enseñándome una llave idéntica a la mía. -Además supongo que también les doy un poco de pena.

-Si te arreglases esa barba no parecerías un vagabundo -contesté yo.

Él simplemente pilló mi broma y sonrió. Probablemente en cualquier otra situación hubiese continuado con la broma, pero se le veía visiblemente cansado.

-¿Cuándo fue la última vez que saliste a dar una vuelta o tomar algo?
-preguntó él para mi sorpresa.

-No lo sé -respondí a la defensiva. -¿Por qué?

-He estado hablando con algunas enfermeras y me han dicho que hace meses que no sales de aquí más de un par de horas -añadió.

-¿Y eso que importa? -repliqué.

-Qué vamos salir.

Me di la vuelta lentamente y caminé hacia la salida.

-¿Qué te pasa? -preguntó él.

-¿Por qué crees que yo querría salir de aquí contigo? -repliqué.

-Creía que te vendría bien... -tartamudea.

-Pues creíste mal -añadí. -Te dije que nunca era solo el nombre, siempre hay algo más.

Entonces seguí caminando.

-Guiller... -dijo acercándose a mí y agarrando mi brazo.

Yo me giré y golpeé su cara con la palma de mi mano, quitándole la oportunidad de terminar la frase.

-¿Quién te ha dado derecho para preguntar mi nombre? -le grité.

El me miró con la marca roja en la cara, parcialmente cubierta por su barba. No dijo nada, solo me miró. Los dos nos quedamos quietos como estatuas de piedra coronando la estancia. Entonces rompí a llorar y me derrumbé sobre su cuerpo. Era la primera vez que me derrumbaba en

este lugar. Era la primera vez que me abría a alguien aquí.

Capítulo 12

Capítulo XII – Temblores.

Al día siguiente me desperté diferente. Los dos habíamos pasado la tarde anterior en la azotea, tumbados en el suelo observando como el sol se desvanecía para dejar paso a las estrellas, cegadas a su vez por la contaminación lumínica de la ciudad. Solo las más grandes y brillantes conseguían traspasar la luz artificial para hacerse notar ante nuestras retinas.

La brisa ya entraba por la ventana entreabierta de la habitación y se oían algunos pasos por los pasillos. Saqué la pequeña maleta que tenía situada debajo de la cama y abrí la cremallera. Los pacientes que llevan mucho tiempo aquí tenían derecho a tener una pequeña maleta para cambiarse de ropa, al igual que los familiares que se tuviesen que quedar constantemente como era mi caso. Saqué del fondo de la maleta una vieja camisa arrugada de color blanco la cual hacía meses que no había visto. De vez en cuando volvía a mi apartamento para cambiar mi ropa, pero esta camisa siempre había permanecido en el fondo, sin razón ninguna. Nunca solía usar camisas así que era un poco ridículo traer una camisa a un hospital donde aparentemente no la vas a necesitar nunca. Quizás estaba reservada en mi subconsciente para una ocasión especial.

Bajé a la planta menos dos, donde se encontraba la tintorería del hospital. Hacía unos meses, que además de lavar todas las sábanas y demás telas del hospital, habían habilitado un servicio para pacientes y familiares de larga duración. Este lugar era un infierno blanco, pero tenía pequeños detalles que favorecían un poco la estancia.

–Buenos días, Gloria –dije acercándome al pequeño mostrador.

–Buenos días, guapo –respondió ella con una sonrisa. –¿Qué me traes hoy?

–Esta camisa –contesté mostrándosela. –¿Podría tenerla para esta noche?

–Normalmente no, pero por ser tú podría hacerle un hueco –añadió guiñándome un ojo y acercándose para agarrar la prenda. –¿Qué? ¿Una ocasión especial?

–No, solo una cena con un amigo –repliqué.

–Bueno, pues no te preocupes que irás muy guapo a esa cena –suspiró.

Salí de la estancia después de darle las gracias y subí de nuevo a mi habitación justamente para la toma rutinaria de las once.

A las nueve de la noche en la puerta principal del hospital. Allí habíamos acordado vernos el día anterior. Yo como siempre llegaba tarde y me peiné rápidamente los pelos con las manos frente al reflejo de la máquina de refrescos. Bajé por el ascensor y al abrirse las puertas el gran hall del hospital se desplegó ante mis ojos. Me sentía nervioso cruzando el brillante suelo gris, pero a la vez quería que todos me viesen. Hacía demasiado tiempo que no me ponía tan guapo.

Las puertas de cristal se abrieron y allí se encontraba él, con sus pantalones oscuros que combinaban con su barba y su chaqueta de color ocre encima de una camisa blanca.

–Hola –me dijo sonriente mientras se acercaba.

–Hola –respondí devolviéndole la sonrisa mientras él me miraba de arriba abajo.

Los dos comenzamos a caminar por la gran avenida llena de coches en hora punta.

–¿A dónde me lleva usted hoy? –pregunté.

–Al mejor restaurante de la ciudad –contestó él.

Eso sonaba muy bien, pero quizás demasiado. Yo sabía que solamente estaba exagerando, pero aun así me di el placer de imaginarme que efectivamente íbamos al mejor restaurante de toda la ciudad.

Fuimos dejando las distintas calles atrás con nuestras pisadas hasta que nos paramos delante de un viejo edificio de aproximadamente cinco plantas.

–Es aquí –dijo él mirando hacia arriba.

–Esto no tiene pinta de restaurante –dije yo al no ver más que un portal frente a nuestras narices.

–Espera y verás –respondió él haciendo un gesto para que pasase delante.

Los dos entramos en un portal antiguo con un cristal que coronaba la estancia. Nos vi a los dos reflejados en él. Hasta el momento no había encontrado similitudes entre nosotros. Él tenía barba, pelo oscuro y un

cuerpo visiblemente marcado. Yo en cambio era delgado, de pelo claro y sin barba. Nuestros gestos, nuestra forma de hablar o caminar, casi todo era diferente. Pero esta vez, estas dos pequeños reflejos en el cristal, parecían almas gemelas, destinadas a chocar. Aunque eso no iba a pasar.

Subimos hasta la última planta y él introdujo la llave en una de las puertas del rellano. Entonces la puerta se abrió y pasamos a una entrada conectada con el salón y a su vez con la cocina. Era un espacio bastante abierto y la imagen antigua de la fachada del edificio no concordaba nada con la imagen moderna del interior. Probablemente fuese uno de estos pisos reformados que abundaban tanto en el centro.

–Es preciosa, ¿vives aquí? –pregunté mirando todavía la estancia.

–Sí –respondió el cogiendo mi chaqueta de color gris y colocándola en el perchero.

Caminé hacia el salón y observé la mesa colocada en frente del balcón con la cubertería puesta y unas pequeñas velas situadas en el centro. Él había preparado esto para nosotros. De repente una sensación de mareo me invadió y las piernas me temblaron haciendo que me tambalease.

–¿Estás bien? –preguntó él acercándose para agarrarme.

–Sí, sí, solo necesito refrescarme un poco –contesté. –¿Dónde está el baño?

–Sigue el pasillo y la primera puerta a la derecha –respondió visiblemente preocupado.

Caminé hacia el baño y cerré la puerta a mis espaldas. Me miré frente al espejo mientras me refrescaba la cara con agua.

«¿Qué narices te pasa?», me pregunté a mi mismo como si de otra persona me tratase.

Entonces mi cuerpo se derrumbó contra el suelo. Ya no recuerdo nada más.

Capítulo 13

Capítulo XIII – ¿Qué te pasa conmigo, o eres así con todo el mundo?

Mis ojos se abrieron lentamente para permitirme ver una borrosa sombra frente a mi cara.

–¿Estás bien? –preguntaba el chico de barba preocupado. –Te has mareado en el baño.

–Sí –dije yo con un hilo de voz colocándome en el sofá para quedar sentado completamente a su lado. –Nunca me ha pasado.

El silencio rodeó la estancia. ¿Por qué me había mareado? ¿De dónde provenía esa extraña sensación al observar la mesa que él había preparado?

–Sí quieres podemos volver, no hace falta que nos quedemos aquí –dijo él rompiendo el silencio.

–Estaría mejor en cualquier sitio menos allí –contesté sin pensarlo.

Él se levantó para traerme un vaso de agua que yo sujeté con ambas manos mientras me acomodaba en el respaldo del sofá.

–Nunca me has contado por qué estás allí –replicó. –Tú sabes lo de mi padre.

–No es una historia agradable de contar –respondí.

–¿Qué historia que desarrolle en un hospital es agradable de contar? –pregunta él mirándome a los ojos. –Nadie estamos allí por gusto.

Sorbo del vaso que me había dado.

–Deberíamos cenar, se está haciendo tarde –dije levantándome en dirección a la mesa.

–¿Por qué siempre me evitas? –dijo su voz a mis espaldas.

Yo me quede congelado.

–No te evito.

–Sí lo haces –contesta con una pequeña pausa. –No sé quién eres, de dónde vienes y por qué eres tan frío conmigo. Y lo peor de todo es que cada vez que intento preguntarte por algo sobre ti, me esquivas. ¿Qué te pasa conmigo, o eres así con todo el mundo?

–No te conozco desde el tiempo suficiente como para que me pueda pasar nada de ningún tipo contigo –respondo girándome hacia él.

Él se levanta del sofá aceptando mi duelo al entender el doble sentido de mis palabras y no baja la mirada de mis ojos en ningún momento.

–Pues si no te pasa nada conmigo, no sé qué haces ahora mismo en mi casa –sentencia.

Nuestras palabras callan para dejar paso a una batalla entre las pupilas de ambos cuerpos.

–¿Me estás echando? –pregunto.

–No, te estoy diciendo que eres el primer chico que ha pisado este puto suelo.

Sus palabras me golpean el cuerpo como un huracán al tocar la costa. Mis ojos ceden antes los suyos y tengo que bajar la mirada.

–Yo... –tartamudeé y las palabras parecen no ponerse de acuerdo para salir de mi boca.

–Guillermo, no te conozco –añade dando un paso al frente y agarrando mi mano. –Pero quiero hacerlo. El problema es que no sé si tú estás dispuesto a darme una oportunidad.

Todo va muy rápido. Mi cabeza no es capaz de asimilar tanta información en un momento.

–¿Cómo voy a poder darte una oportunidad si no me la doy ni a mi mismo? –pregunto con una voz ronca alejándome de él hacia el centro de la estancia. –Estoy roto por dentro, ¿es que no lo ves? ¿No ves que hay cosas más importantes que el maldito amor?

–Estás roto, pero parece que no quieres recomponerte.

–Mientras esté roto nada ni nadie podrá volver a romperme.

–Mientras esté roto cortarás con tus cristales a todos los que se acerquen a ti. ¿A caso es mejor hacer daño que te lo hagan? ¿A caso no te estás

convirtiéndolo en aquello de lo que te refugias? –imperando él acercándose.

Sus palabras me parecen sorprendentes. Nunca le había escuchado así en ninguna de nuestras conversaciones anteriores. Hay demasiadas facetas que aún no conozco de él.

–¿Por qué narices debería escucharte? –pregunto. –Solo eres un desconocido que no sabe ni de lo que habla.

–Solo soy el gilipollas que está aquí contigo preocupándose por ti –responde.

Y tenía razón. Nada ni nadie se había preocupado realmente por mí en mucho tiempo. Esa maldita obcecación en la conducta humana de obsesionarnos por aquellos que nos hacen daño, por aquellas personas que no quieren nada de nosotros y que cuando lo quieren solo es para obtener un beneficio y tirarnos como la cáscara vacía de una fruta podrida. El chico de barba tenía razón, y por eso bajé mis defensas.

–Es mi madre –digo con un susurro.

–¿Qué? –pregunta él.

–Es mi madre la que lleva dos años en aquella puta cama de hospital.

Capítulo 14

Capítulo XIV – Cuando se encienden las luces.

–Yo... –tartamudea él. –Lo siento.

–No pasa nada –respondo. –¿Ves que yo lo siento?

–Es tu madre.

–Como si no lo fuese.

–No te entiendo –responde él ladeando ligeramente la cabeza.

–Esa mujer ha sido la mayor tortura de mi vida en los últimos diez años
–contesto levantando de nuevo la mirada. –La única razón por la que he permanecido postrado al lado de su cama es porque no tiene a nadie. Está completamente sola.

–¿Por qué está allí? –pregunta.

–Por problemas innecesarios, superficiales y banales.

–Especifica más –insiste él.

–Puedo especificarte todo lo que quieras, pero no hoy –le corto en seco.

–No voy a pasarme el único día que salgo del hospital hablando de los fantasmas que me tienen encerrados allí. Hoy no.

Él parece entender mi postura y asiente con la cabeza. Nos acercamos a la mesa y los dos dejamos caer nuestros cuerpos sobre las sillas.

La noche se fue oscureciendo rápidamente y al terminar con la última cucharada del postre, un pequeño helado de limón, los dos nos asomamos por el balcón.

–Tienes buenas vistas –dije yo dejando a mi mirada perderse en el interminable final de la calle. En este barrio la mayoría de las calles eran rectas y se cortaban perpendicularmente unas con otras, dando la sensación a mi parecer de ser todas iguales. Por ello cada que vez que pasaba por aquí no era capaz de diferenciar unas calles de otras, y casi siempre me acababa perdiendo. Esta vez traía buen guía.

–No son tan buenas como las de tu rincón secreto –contestó él

refiriéndose a la azotea del hospital.

–Ya no es tan secreto –añadí yo queriendo parecer enfadado.

–No te preocupes, no diré nada –replicó llevándose el dedo índice a los labios para indicar que guardaría el secreto que yo mismo le había enseñado.

Los coches pasaban por delante de nosotros con el tintineo de las luces y el sonido del roce de las ruedas contra el asfalto. Por un momento recordé la cantidad de tiempo que hacía que no me montaba en un coche para huir de estas calles, esta gente, estas luces; y perderme en cualquier otro lugar alejado de aquí.

–Sabes, el primer piso en el que viví no se parecía nada a este –dijo él sacándome de mi ensimismamiento. –Estaba a las afueras, en mi barrio.

–¿Vivías en las afueras? –pregunté.

–Sí, en uno de los barrios humildes de la periferia. Mi familia nunca ha sido nada parecido a los que ves dentro de este piso. Siempre hemos sido de pueblo y de cosas simples.

–Veo que entonces eres la excepción que confirma la regla.

–No, simplemente he sabido jugar bien mis cartas y aprovechar las oportunidades que se me han ido presentando. –contesta. –He trabajado de casi todo.

–¿Cómo por ejemplo?

–Empecé de camarero mientras estudiaba la carrera –levanta la mirada al frente para recordar viejos tiempos. –Se me ponen los pelos de punta al recordar esos años. Mi madre y yo tuvimos que hacer frente a los gastos de mis estudios y la hipoteca del piso los dos solos. Ella cada vez estaba más mayor, pero se pasaba los días fregando escaleras.

–Supongo que la admirarás mucho –añado mirando el brillo en sus ojos al recordarla.

–Es la persona más fuerte que he conocido nunca –dice devolviéndome la mirada con una sonrisa entre sus labios. –Sin ella no sería la persona que soy ahora. Se dejó la piel para poder sacarme adelante. Me arrepiento de no haber podido devolverle todo lo que ella me dio desde que nací.

El silencio invade de nuevo nuestra atmósfera. Sin embargo, los silencios con él no son incómodos. Parecen ser silencios milimétricamente medidos y encajados a la perfección entre nuestras palabras. Ninguno sobra,

ninguno falta. Hablamos cuando tenemos que hablar y callamos cuando tenemos que callar. Así de fácil. Así de simple.

Le miro, pero esta de vez de otra forma. Siempre me había fijado en su cuidada barba que cubría la mayor parte de la zona baja de su rostro. Ahora me fijo en sus ojos, marrones claros, que se iluminan frente a la luz de la ciudad. Admiro cada una de las pequeñas arrugas, imperfecciones y pequeñas cicatrices que se aprecian en su rostro. ¿Cuántos años tiene? Desde el primer momento supe que era mayor que yo, no muchos años, pero sí los suficientes para sentirme demasiado pequeño, demasiado joven. No sé quién es a parte de unos pocos detalles de su pasado. No sé a qué se dedica, ni siquiera su nombre. Pero ahora mismo no importa. Ha traído a mi vida algo que no está únicamente pintado de blancos cegados o de negros profundos. A traído luz a mi existencia como un cubo de pintura derramándose contra una pared blanca. Una pared fría, inhóspita, dura y, al fin y al cabo, muerta, que revive con el simple toque de una gota de color. Pero él probablemente no sabe nada, y yo me callo. Me callo como el niño que guarda un caramelo debajo de la almohada para que nadie se lo quite. Como el perro que guarda su hueso bajo tierra para sentirlo suyo, para sentirse afortunado por tal obsequio del destino.

Apoyando mi cabeza en su hombro completé mis pensamientos. Mis pensamientos de que mi vida siempre había sido un templo romano en continua destrucción. Unas ruinas que habían sido maldecidas con unas piedras demasiado débiles que siempre cedían al menor intento de reconstrucción. Unos escombros azotados por el paso del tiempo inocentes de todo daño presente en sus grietas. Los vestigios de lo que queda tras el paso de una tormenta de arena que arrasa con todo a su paso dejando heridas secas y sin curar. Ahora, todo parecía ser diferente. No era capaz de digerir todos los sentimientos que él había traído de nuevo y temía aferrarme de nuevo a ellos por si todo era un nuevo espejismo en medio del camino.

–Me llamo Marco –dijo él.

Yo le miré.

–Hola, Marco –respondí con un susurro.

Capítulo 15